

## IUS SANGUINIS – IUS SOLI

*Jorge Sanabria León\**

El hospital gozaba de la misma arquitectura de las barracas y las viviendas de gamonales en las compañías bananeras para el calor de las zonas costeñas, solo que a casi tres mil metros sobre el nivel del mar; igual que el Ejército de Salvación, un par de cuadras hacia el este. Monástica edificación en su ornamentación pueril. En la sala comadrona, el parto culminaba luego de una malucha gestación, según me han dicho. En el corredor de la maternidad esperaban sentados mi padre, su hermano Ludovico, mi abuelo y un ganapán. Juntos habían visto nacer a más que suficientes vástagos de la familia como para atreverse a ostentar la autoridad de identificar al retoño de un vistazo, sin titubeos, para sancionarlo con la filiación o despatriarlo para siempre. Cuando la puerta se abrió, uno a uno, salvo mi padre, fueron a echar un ojo fugaz al recién llegado, para luego salir sin comentarios, a esperar en la acera. Mi abuelo fue el último y cuando pasó al lado de mi padre, posó, por primera y última vez en toda su vida, la mano sobre el hombro del progenitor a la expectativa. Mi padre se levantó y salió tras el suyo. Nadie cuestionaría esta legitimación y yo había sido así aceptado más allá del derecho a la duda de cualquier involucrado. Después del puerperio, mi madre puso a su criatura en manos del progenitor (bueno, en las de mi abuela y su criada dilecta, Manuela) y desapareció para siempre. Crecí hasta los seis años junto a dos mujeres grandiosas que para entonces habían revertido sus papeles de servidora y servida

debido a la artritis galopante que condenó a Manuela a una mecedora y a balbuceos. Mi abuela murió entonces y pasé (por suerte para mí, con suficientes recursos personales para valerme por mí mismo) a estar bajo la tutela de la logia masculina liderada por mi padre y que habitaba bien o mal en el garaje en que realizaban sus quehaceres de supervivencia.

El garaje quedaba en el despojo de la residencia de mis abuelos. Las paredes reclinadas de pereza, destartaladas y carcomidas, se desnudaban a zarpazos y dejaban entrever aquí y allá un panal de tabiques y marcos de ventanas como suspendidos en el aire, las arterias de la corriente reafirmadas a cada tramo con pequeños puentes de porcelana.

Mi tío Ludovico, a quien todos apodaban Vico Marraqueta, estacionaba su Fargo del año de la emboscada, embocado hacia la pendiente y con las ruedas contra la cuneta, si no seguiría calle abajo por su cuenta (no que fuese cosa muy grave, porque al trote de burro de su enmohecida motricidad uno hubiera podido matar a la bestezuela a punta de pellizcos antes de llegar a cualquier sitio). El tío, músico de oído y sordo de vocación, tocaba la melodía en la marimba, pues las maderitas de coyol (*Acronomia vinífera*) y las ubres vegetales del xilófono le rescataban del cotidiano silencio con sus altas frecuencias y su armonía de bosques siempre verdes; estas visitas a la sonoridad le convertían en un intérprete degustador de la delicadeza en cada matiz, al punto de que las aves se suspendían en

---

\* Catedrático, Escuela de Psicología, Universidad de Costa Rica.  
Recepción: 26/08/09 - Aceptación: 21/09/09

pleno vuelo, los volcanes se apaciguaban y los demás tocadores solo seguían al Marraqueta a su capricho. Dos o tres copetines a diario le mantenían a raya de la depresión y cada tanto una borrachina de un par de semanas lo tumbaba por las calzadas, embrocado en su propio vómito y con la lealtad del Fargo reposando en algún rincón urbano. Mi padre buscaba primero a la antes reluciente furgoneta, que a tienda suelta había encallado por ahí en el recorrido habitual del bebedero, cargaba al beodo como al bacalao de la emulsión y lo acomodaba en la góndola, conducía hasta el garaje destartado y dejaba a ambos al cuidado uno del otro. En la desguazada sala ancestral, edificada con precaución telúrica, permanecían algunos muebles de museo, el retrato de mi bisabuelo con su uniforme militar tras una espesa barba blanca, y el viejo espejo que todos temían, sobre todo mi tío Vico Marraqueta, pues por él se advertía a una doncella engalanada en su recorrido de ultratumba que ya no veías al voltearte. Durante la resaca, se acurrucaba en un rincón a atisbar al espectro del espejo que, por supuesto, nunca aparecía, pero que por su terror hubiera estado más bien agradecido de verla, pues le ponía a retumbar el pecho entre las sienas. Tropezaba por todos lados y algunos dedos le apuntaban en direcciones antojadizas como consecuencia de las muchas dislocaciones sin curar. La voz del Marraqueta era brusca y enlodada, quizá por el ocio de las cuerdas vocales durante las vigiliadas en que se sumía mi tío, pero conservaba un hálito de elegancia al estilo de las rutinas de los acaudalados, por lo que cuando gritaba durante su delirio parecía un aparecido más (a lo mejor, todavía anda por ahí). Era incansable fumador y hasta tocaba la marimba con un pucho entre dientes que aspiraba por la nariz y lo ponía a gimotear durante la ejecución, mientras los polvillos caían apuñados a puñados. A menudo lo veíamos parado ante el portón del garaje, frotando los callos de las palmas con técnica de güiro, canturreando por lo bajo, una y otra vez, y acompasando en su bailadito de abejorro. Sin cansancio, en combinaciones infinitas, como su estilo ante la vida. Resaltaban, en su aliño de pordiosero, la lucidez de su peinado, acicalado con coquetería de damisela,

fino y perfumado como caca de gato, además de sus canas, con manchas de amarillo orina.

Dicen que mi bisabuela había visitado a todas sus nueras encinta casi al mismo tiempo, para pedirles que le pusieran Ludovico al hijo que esperaban y aunque todas se negaron, por ser la señora muy de rompe y rasga, al momento del bautismo muchas concedieron, por lo que mi tío tenía varios primos homónimos y congéneres, quienes, para mejor resolver, también tocaban en la marimba, por lo que el presentador siempre quedaba un poco estupefacto, aunque no tanto como el público, cuando al introducirse a la reputada cofradía y a sus diversos Ludovico, siempre surgía la confusión, como una broma, se destornillaban algunas risillas, y los primos lisonjeros que habían dado otro nombre en sus futelezas de pasión se valían del retruécano para añadir un guiño al engaño del amor.

Aquello de la marimba ya no era cosa de todos los días ni de mucha plata, entonces, para los tabacos y la aguardiente del Marraqueta, mi padre tenía que llevarse a su Pinto, a mi tío y al Fargo al beneficio de los mayores, a transportar el aroma de los sacos de café hasta el andén del ferrocarril; consigo traían siempre al Morrongo, soguilla famélico pero duro espaldero de fondo y paso corto, que asumía casi todo el brete, mientras el del Pinto filosofaba a pausas y el del marimbeo replicaba a tientas con parpadeos, sacudidas de cabeza y pequeños gestos en dejo turno, vaya usted a saber a qué. Mientras descargaban en la plataforma ferroviaria, era divertido ver a las iguanas (*Linnaeus* y *Centsaura*) en la serenidad de su desfachatez de polisiones de la costa, venidas en vagones mercantes, entre las que destacaban las de cuernos de mentira sobre sus narices, como un desafío al sentido común.

Cuando Morrongo no tenía ningún encargo (y conforme pasó el tiempo, era cada vez frecuente), se acullillaba sobre un escaño con sus pies como se los había dado su madre y usado siempre, a leer novelillas o un buen poco de poesía cromática (pues, para él, cualquier narración, por mala que fuese, no sería peor que la vida misma), con un sombrero de ala ancha y de paja, de manufactura propia (pero nunca quiso confeccionarme uno a mí, aunque

lo prometió por montones, el canalla); usaba un bigotazo que le habría granjeado el apodo, de haberlo podido saber alguien, de Federico el bigotón (él se llamaba Federico, lo sé porque se lo pregunté una vez, pero nunca mencionó el apellido; lo de “Morrongo” le venía, supongo, por su hermoso mentón de vulpino); aunque estuvo ahí desde que tengo uso de memoria, jamás le vi siquiera sonreír, era más serio que acalambrarse en el mar. Mientras leía, con una mano sujetaba el folletín y con la otra su mostacho a lo Pancho Villa, como si estuviera afianzándose de él. Cuando yo era un niño muy pequeño, jugábamos de pelear (él era el único adulto que jugaba y era capaz de interrumpir cualquier cosa que estuviera realizando, sin importar su prioridad, para embutirse en una riña conmigo), pero en el instante en que yo le propinaba un certero golpe, caía cuan largo era con una afectación tan creíble que muchas veces me preocupaba mi propia fuerza o haberlo lastimado en serio; al levantarse exclamaba siempre: *¡Qué pescozón, gallo!* No existían tribulaciones con él. Era pelirrojillo y pecoso, de tez blancuzca, con ojos de felino, por su color y su sigilo. Mi padre, ahora cano, también fue pelirrojo, pero tipo betún caoba, como lo era el Marraqueta (curiosa coincidencia!). *Descendientes de piratas*, dice papá.

Morrongo siempre ha sido el perfecto escuchante (y dondequiera se halle, lo seguirá siendo, sin duda), porque apenas si se intercala de cuando en cuando en la conversación, con las mejores palabras a interpelarse, a menudo con acceso a una sola, la mejor para denotar el sentido, apenas para ayudarlo a uno a continuar, gracias a su habilidad de convertir su modesto repertorio en una infinitud de combinaciones, con una sazón!, que, literalmente, le impenetra en la baba de tu plática, asumiendo cualquier tópico como propio, domándolo, con un uso del lenguaje con la simple finalidad de compartir experiencia, y hasta podría terminar persuadiéndolo a uno de su perspectiva, al punto de que, pese a su apariencia, resulta imposible no desearlo cerca, al opuesto del egoísmo, con una identidad de su cuño forjada para ser alguien entre los que no son los suyos, no del lado del dominio, sino en una plétora de propósito y utilidad en sus actos, ni

para adelante ni para atrás de su lugar, pero sin nadie superior a él en el ingenio sin codicias ni vanidades con que lo parieron en este mundo y al que ha estado bien o mal librado en su vida, cuyo único fallo sería no ver las ventajas o desventajas de su posición al sufrir por los dilemas de otros, cualesquiera que sean, pues le duelen como si le mutilaran una pierna o vaciaran un ojo, algo que le prevalecería para siempre, pero aun cuando le hicieran lamentarse, siempre te habrá de transmitir la sensación de no existir incordio que le obligase a pensar que todo se hubiese perdido o hubiera que descorazonarse por algo (por grande o pequeño que fuese el algo), o le impidiera disfrutar del más placentero entusiasmo, aunque le tocase quedarse tuerto y cojeando por ahí, sin amo y sin amor, en la opacidad de una tarde entre aleteos de polillas, con tal de luchar hasta los muñones de las uñas por las causas que invoca como de su competencia; con su saludable humor de terciopelo, raudo con reveses para enfrentar cualquier abatimiento sin desmoralizarse del ser humano, por bajo que haya caído, pues primero se descuartizaría a sí mismo a cuchillo parejo. Su aliento es, sin duda, cadavérico y su fragancia de madriguera. Es todavía proverbial su olfato para las obscenidades, siempre tan a mano y tan a lugar (un talento natural, inútil reprimirlo!). Lujuria no lo ha acongojado nunca, pero jamás descuidaría algún señuelo retozón. Su orgullo, testarudez y confianza en sí mismo solo se emulan con su modestia y pequeñez, no por conciencia de su condición, sino porque pudiendo ser algo mejor, no le queda remedio, no puede ser de otra manera, suave como el queso y de una lealtad solo comparable a la del miedo a la oscuridad, poseída por alguien que siempre ha tenido la claridad de ser lo único que tiene para ofrecer.

Morrongo tenía el curioso hábito de llevar siempre consigo abundancia de lápices afilados y romos que iba perdiendo a cada tranco. Se tropezaba con ellos en el jardín, los majaba en los escalones, lo agujoneaban en la cama, le estorbaban en la cocina y los instalaba con primor en el garaje, siempre con un carpinteril gordezuelo acurrucado en la oreja. Reposaban triturados sobre el piso o escarmenados en la amodorrada camioneta, en la que acarrea

raudal de apuntes de desperdigada prolijidad, atados con pulcritud de embalsamador. Cuando se le volaban en el viaje, se estrujaba el cerebro para adivinar, ay, inútilmente!, cuál había sido. Solo he recuperado uno, digno de bolero de taberna, en el que clama por la urticaria de un arrebato desde su poquedad carcelera: *El gozo en mí turba tu pose de felina faraónica. La felpa de tu zarpa cimbra mis sentidos. En el secreto de mi sueño, busco tu ronroneo amañado. Me inquieta el sigilo del haba en tu iris de serena cazadora. Derroche de la línea letárgica en tu silueta. Mientras, el canto de tu andar me deja a tientas. Así trastocas la sencilla tarea de escuchar. ¿Cómo no abdicar – lo confieso - ante el musgo luminoso en tu tez? ¿O el helecho precipitándose en el vértigo de la mirada? ¡Ay, la finura de tu vigía al ratonil roer de mi tacto! Basta la centella de tu ironía, hechizo de los brotes al espigarse. Bolo aromático a fiera y savia derramada, se vierte en grafito simple... tus ojos azules, herencia de matones filibusteros, y tus lisas mechas de bravura indígena... ¡por Dios!, me degüella tu indiferencia... procúrame al menos la purga de un lloriqueo en esta oscurana... ¡Ay, mi alma! No recuerdo haberle visto nunca en compañías o campañas románticas, pero no dejo de figurármelo, con su escrutinio a toda prueba, relamiendo estos fraseos rústicos ante la aparición de la de ojos matones (cómo saber de quién se trataba, pero bueno...).*

Mi padre, por su parte, siempre ha sido un hombre meditabundo que todavía hoy acostumbra a declarar sus derivaciones de un pronto a otro. Una de las que más me impacientaron de niño fue cuando estando ante el portón del garaje, inició esta diatriba: *Pongamos por ejemplo que un hombre de veinte años tiene un hijo. La diferencia entre el padre, quien ha llegado a la adultez, y el recién nacido, traza una parábola de oposición entre la vida de uno y otro. Cuando el hijo cumple veinte años, ha tenido abundantes logros, mientras que su padre, en ese mismo lapso, a sus cuarenta años, apenas si habrá consolidado los suyos. Veinte años después, el padre a lo mejor habrá tenido algún que otro nuevo avance, pero el hijo probablemente ha conseguido acaso unos más. Cuando el hijo*

*llega a los sesenta años y su padre a los ochenta, ambos habrán conquistado la edad mayor y poco o nada les queda por llevar a cabo, con lo cual la diferencia es prácticamente nula y la elipse que inició con una hipérbola, se cierra en un vórtice. Ahora bien, visto desde otra perspectiva, el hijo, como recién nacido, está lejos de saber lo que su padre sabe, pero a sus veinte años, sabrá tanto como su padre a esa edad y nada evitará que cometa los mismos errores de su padre en la temprana adultez, aunque aquel le haya instruido bien a conciencia a sus cuarenta (por tanto, es como si ninguno supiera nada); luego de otros veinte años, el padre, en la respetable edad de sesenta años, está tan próximo a la sabiduría que al esfuerzo tenaz de su hijo a los cuarenta por amarrar su vida se le ve como a un viajero de paso; cuando el padre cumpla ochenta, el hijo de sesenta, ahora ad portas de la senilidad, entenderá por fin, que nunca podrá obtener la visión añosa de su achacoso padre. En cuyo caso, el final está compuesto por dos líneas paralelas que se bifurcan en el infinito. Estamos, así, en frente de dos enfoques que se confrontan entre sí pero no se anulan, pues si eliminamos a uno, el otro caerá y si no consideramos a ambos conjuntamente, el edificio se desmorona. En realidad, nunca he querido entender qué tiene que ver todo esto conmigo (o con él, o con nosotros).*

Papá solía también tocar el acordeón, pero solo para sí mismo, casi siempre los domingos en la tarde, unos mustios danzones de una melancolía que derretiría a las piedras, quizá porque al instrumento le faltaban botones del acompañamiento, amén de varias lengüetas y llaves, por lo que posiblemente era la única combinación disponible, o porque al senil teutón ya se le escuchaban los tuberculosos estertores de los fuelles abatidos por el comején o los resortes dormidos, con sonoridad de ánima en pena en otra época. La última vez que lo sacó, para intentar venderlo, se le desmoronaron las cajas dentro del estuche en un pulcro gránulo, con diapason y acordes colgando de unos estropajos. Estuvo mirando al estropicio casi un día entero, como sin poder explicárselo o buscando todavía una solución.

A mi padre solo le quedó el consuelo del largo serrucho al que, sujeto entre las rodillas por el puño y elevado en toda su altura, contorneaba desde la punta con su mano izquierda mientras lo apostillaba con la derecha con un clavo de cuatro pulgadas para exprimirle unos quejidos espectrales con los que se entretenía durante horas y horas. A esta melodía, del terruño de los desahuciados, la pedaleaba Morrongo con un peine contra el que soplaba un papelito para extraerle un pitorreo más bien de calamidad; a veces, Marraqueta terciaba con su maraca callosa a ritmo de embustero (los altos decibelios tenían en él un efecto hipnótico) y el elenco se dedicaba a despanzurrar sin misericordia a una desvalida canción en la que una gardenia, si hubiese podido, se habría marchitado por su propio bien. Marraqueta tenía la habilidad y el hábito de sostener los dientes postizos de abajo fuera de la boca durante la tocada. No era infrecuente que yo volviera de la escuela y me encontrara aquella estampa sobre la peana a la entrada del garaje y mi grupo de compañeros se complaciera en vitorear la ejecución, ante lo cual yo sentía que un puercoespín (*Coendou mexicanum*) se me retorció en la barriga. En una ocasión, luego del trío de delirio, mi padre se volvió hacia el grupo de mis compañeros, nos señaló un ratón que salía de un agujero y empezó una narración con más pinta de enigma que de cualquier otra cosa: *Propincuo y Rubicundo se encuentran enfrente de una ratonera. Se crispan los dientes y se olfatean con cautela. Cada uno decide inspeccionar al otro antes de actuar. '¿Tiempos difíciles, eh?' - 'Nunca se baja la guardia'. - '¡Claro! ¿Familia?' - 'Sí, una camada como de ocho, rosáceos y mamadores'. - '¡Menuda alimentación!' - '¿Usted?' - 'La cuadrilla ya echó pelaje y a roer por su cuenta'. En silencio, se agazapan sin perderse de vista, con sus colas en alto y, deponiendo orina territorial, disminuyen el ritmo cardíaco. Propincuo, más audaz, atreve un avance. 'Me gustaría conocer su opinión'. - 'Tenemos dos o tres opciones'. - '¿Nos peleamos, no nos peleamos, nos repartimos o nos vamos?' - '¿Por qué usted no se larga y me deja en paz?' - 'Vuelven al silencio, menos serenos. Rubicundo, previsor, de un zarpazo le corta la oreja en dos y*

*le arranca un ojo a su oponente. Medio a ciegas, Propincuo, sin parsimonia, voltea al atrevido patas arriba de un mordisco en los belfos. Envueltos en sangres y chillidos, una gorda rata les pasa por encima, le tritura una renguera a Propincuo, se abalanza sobre el queso y queda sosegada de un latigazo, con su jeta sumergida en la gula mortal y sin cerrar los párpados. 'Aún tenemos las mismas opciones', cojea Propincuo. 'Usted sin un ojo y yo con media nariz', jadea Rubicundo. En la panza de la rata se mueven crías sin nacer. Mareados por hemorragia, ambos contemplan en secreto sus posibilidades. Tan absortos, que no ven al gato, aunque su último pensamiento, cuando sus cabezas se estrellan contra la pared, catapultados por sus colas, habrá sido algún remordimiento ratonil. El gato no se decide por cuál bocado empezar, pero los nonatos se le antojaban un buen entremés.*

Mis condiscípulos se quedaron esperando algo así como una moraleja, pero mi padre, hermético, ha acostumbrado siempre un voto de discreción luego de cada narrativa y quizá supone que la principal tarea de la escucha es la interpretación. De uno en uno o de dos en dos, se fueron yendo, algunos girando su dedo índice alrededor de la oreja.

Su superstición era conocida por muchos, pues se aproximaban a él con el propósito de desafiar su presteza y siempre quedaban denodados. Un malicioso vecino, que había estado de visita en el extremo norte del continente, trajo un singular objeto y presumió ante mi padre de su unicidad y le retó a que no sabría descifrar su significado. Mi padre pidió permiso para sostenerlo entre sus dedos y fue paso a paso: *Las formas geométricas han tenido desde ile tēmpore un significado sagrado, especialmente los polígonos, por su referencia implícita a las dimensiones y sus elevaciones a las celestiales alturas en su proyección tridimensional. El círculo, en cambio, se proyecta como cilindro o cono, y en esta última opción alcanza las elevaciones en un epicentro único, al unir lo divino y lo mundano. En su infinitésima cantidad de lados, nos permite girar a su alrededor, de manera que volveremos siempre al mismo punto, no importando de dónde partamos o lleguemos.*

*¿Es cíclica la vida o la historia humana? Que estén prendidos diferentes objetos en su circunferencia, plumas, piedras y semillas, nos recuerda el vuelo de las quimeras, la pesadumbre del ligamen a la tierra y el compromiso con la fertilidad, momentos a los que volvemos una y otra vez en el camino que a todos nos toca recorrer. Al ubicar su diámetro y sujetarlo por sus polos, lo podemos hacer girar un sinnúmero de veces como gira la tierra, el cosmos o nuestra atribulada cabeza por las congojas, o al atravesarlo, pasar de una a otra dimensión, cualesquiera que sean... En definitiva, mi amigo - acertó a decir al final, sujetando aquel bastidor frente a su propia cara - este objeto es un espejo. Aquel su amigo, que desde luego pero para mi intriga, no dejó de serlo, quedó chamuscado para siempre con mi padre y se ha encargado de desleírlo por cuanto rincón ha podido.*

El tío Marraqueta, en cambio, tenía una sola anécdota memorable; de niño quiso ingresar a los exploradores y lloró tanto por el uniforme que su padre le propinó una bonita azotaina que le inflamó hasta el tesoro del papa; mi tío vivió durante años con la incertidumbre sobre la pasión y la descendencia; como no tuvo la segunda, quién sabe cómo le habrá ido con la primera.

Una vez, detrás del garaje y en el fondo del patio, junto a la fuente asfixiada y un sauce echado a morir, un zorro pelón (*Didelphis marsupialis*) había acampado sin tropiezos y engordado sin escrúpulos por una posible huida a la carrera. Ante las visitas, enseñaba su teclado de dientecillos acuchillados y con caries de escalofrío, pero prefería la cautela de una retirada con serenidad al achicarse la distancia. De noche cayó en el foso seco de la fuente, el muy ocupante, y la panza no le dejó salir. Con un doblez de muñeca, mi padre lo atrapó por el rabo y le propinó el repique de nuca sobre una bien pulida laja. El Marraqueta lo descueró y destripó con cuidado de primero extirparle las glándulas odoríferas con las que el infeliz demarcaba su territorio y su lujuria, pero que había utilizado bien poco. Lo sazonaron en unas empanaditas de rechupete sobre el fuego adosado por Morrongo, pero no me confesaron, sino hasta muchos años después y sin percatarse, el origen de aquel

banquetuelo de carne magra, cebolla, cilantro y pimentón, que en medio traspatio el Marraqueta acompañó con un botellón del mejor contrabando a mano (lacrimógeno desde el descorche), mi padre, irredimible abstemio, con un jarrazo de caracolillo de altura y Morrongo con una actitud de monasterio.

En cuanto a mi, descubrí media mandíbula del infortunado al lado de la fuente, todavía con la dentadura crispada; en aquel momento no entendí y cuando lo logré no sabía si dejarme llevar por las arqueadas o por el recuerdo balsámico del guiso.

No era de extrañar esta cualidad culinaria en aquellos hombres. Mi padre, aunque hoy casi centenario, ya era de una generación citadina; mi abuelo había sido el primer mecánico a pulso y un masón añejo (al punto de renegar del Hospital de la Caridad y del Asilo de Locos porque los atendían las monjas, aunque le merecía una cierta concesión el de Los Incurables); y mi bisabuelo, director de la banda militar (uno de los primeros en advertir la carencia de un himno nacional con el cual agasajar a la patria cuando, junto al interés de los británicos por nuestro café, empezaron a llover viajeros, mercaderes, heraldos y bandoleros e interpretarlo luego sin letra y con tres letras distintas durante décadas).

En cambio, los tíos maternos de mi padre y del Marraqueta aun conservaban su hacienda en los linderos de la ciudad, en terrenos obsequiados por el Estado cien años atrás a quien cultivara el grano que sería de oro para algunos. En esta heredad, que debería haber pasado también a manos de su madre, los hermanos iban de cacería y travesura desde su temprana niñez; con su perdiguero líder, el Teseo, y su segundón, la Cleupater, se adentraban por todos los recovecos y senderos para caer sobre los ciervos de cola blanca (*Odocoileus virginianus*) pastando furtivos en la confusión de los barbechos; el olfato insignia del Teseo los guiaba de entrada y de salida, hilvanando los hocicos con la huella, tras las reses montunas y sus cornamentas de ornamento, en cuyas escaramuzas aprovechaban, además, para llenar un costal de naranjas criollas y guayabas silvestres. Nunca cazaban pájaros, en reverencia a la volátil animalística, por la fábula

en la espontaneidad y el desorden de su polifonía al amanecer, cuando volvían de sus andanzas. El botín era cargado en la osamenta de fierro del fiero Morrongo hasta los lomos del Fargo, en las que encaramaban primero a los perros, lanzando luego a las presas, las frutas y, encima de todo, a Morrongo.

De vuelta, solían anunciar su despedida a los tíos, con quienes nunca compartían ni un sí ni un no, con una lluvia de certeros pedrejones sobre las tejas horneadas del hogar de adobes de los vejetes, incluso muchos años después de muertos, cuando ellos mismos eran ya bien grandes y del bahareque iban quedando apenas las cañas y el bagazo apelmazados aquí y allá. En un rincón del garaje se alzaba un montículo de sacos repletos de frutas demacradas después de pútridas, en otro un osario y, colgando en la pared decorada de pieles, astas de diversos tamaños, todavía con rastros de sangre y pellejo, junto a toda una arqueología de componentes mecánicos desde el invento del motor a explosión (papá siempre quiso venderlas, pero Marraqueta insistía en que había que limpiarlas primero y a saber ahora dónde habrán ido a parar).

Nunca se llegó a saber con certeza, aunque siempre se supuso que había sido obra de los tíos abuelos Dionisio e Ignacio, frenéticos y hartos de la truhanería de las pedradas, pero lo cierto es que la perrería amaneció un buen día boqueando cerca de los guayabos. Mi padre y Marraqueta les dieron por cadáveres y los llevaron de vuelta (bueno, Morrongo los cargó y amortajó sobre el Fargo) para sepultarlos en el traspatio (bueno, para que los enterrara Morrongo), pero mi abuelo, el mecánico aquel, Eleuterio por mejor nombre, que tenía algo de teatral y hasta de refinamiento en sus modales, que siempre se sentía en libertad de llevar a cabo su santa voluntad, tomó a la princesa en su regazo y a todos nos pareció que la había traído de vuelta del otro potrero, con lo cual aplacó en algo el desconuelo de los pelirrojos, incluido yo mismísimo, como si hubiese servido una ronda en vaso de casco (mi abuelo, de verdad, a veces parecía, por su sagacidad, como venido de otros lares, alto e hirsuto como moro). Lo único grave del asunto fue que con el timo de poder cuidarla mejor se la llevó consigo, pero

nunca más la trajo de vuelta y al cabo parecían haber nacido la una para el otro. El bravío Teseo, en cambio, aunque también volvió por unos instantes del inframundo, no sobrevivió y pese a las muchas aventuras que de él todavía quedarían por contarse o ya se han contado hasta en las escuelas, al final Morrongo simplemente lo lanzó por un barranco sin pena ni gloria.

Mi padre y mi tío, por mucho tiempo, a nada más se dedicaron, durante sus noches de cacería, que a mirar con tristura hacia las estrellas boreales.

Tengo la impresión de que durante años no fui invitado a la cacería porque primero los tres viejos tenían que someterme a largas jornadas de horror sobre las cosas que habrían de ocurrir. Luego, un acontecimiento sin planificación abrió el debate sobre el tema. Una tarde, un condiscípulo de escuela, Pastor, sin previa advertencia ni declarada razón, me estampó un ojo morado; cuando llegué llorando y muerto del susto al garaje, solo estaba Morrongo y sin pensarlo dos veces se dirigió hacia la escuela, yo le seguí pasicorto, en mis adentros con sed de venganza y certidumbre de retaliación; al llegar a la entrada del patio escolar se quedó inmóvil y solo entonces entendí; sin alternativas, con el coloso impertérrito cortándome la retirada, fui a cumplir con mi destino; no encontré a Pastor, pero, burlón, se me atravesó muy al pelo Franco, al que aboqué una bocanada que le tumbó entre sillas y pupitres con una envidiable cara de desconcierto (mejor él que volver a gimotear donde Morrongo, pero vaya que lo pensé, sí señor!). Cuando mi padre y el Marraqueta advirtieron mi ojo morado, no tuvieron tiempo de inquirir, porque Morrongo declaró de su voluntad: el otro quedó contando dientes. Y no se dijo más.

Entonces fue que salió a colación el llevarme de cacería. Me advirtieron, una y otra vez, que primero tenía que cazar a una pava (*Penelope purpurascens*), solo y no podía aperrearla, con mis propias manos, desplumarla con el único recurso de mis dedos, descuartizarla con mi solo cuchillo y llevarla para fuera comida entre todos menos yo. Había sido suficientemente atemorizado con el animalejo, al que se podría cazar, porque, primero, es el único plumífero

que ni canta ni vuela ( ); segundo, es más que capaz de vaciarte los ojos de un picotazo doble antes de que uno advierta su sola presencia ( ); y, tercero, solo existen ejemplares hembras ( ); lo cierto es que aunque destacan su prudencia e inteligencia, cuando se decide a actuar, nadie la detiene y teje las orondas jícaras de sus nidos, sin prisa y sin pasión por la impaciencia del cortejo, con ramitas y hojas sobre los árboles. Suele forrajear encaramada en el dosel boscoso y se la puede pillar cuando baja a recoger frutos maduros y semillas. Nunca sabré si lo decían para entusiasmarme, pero, para cuando el momento llegó, yo estaba perfectamente disuadido de no intentar jamás semejante hazaña sin sentido, al punto de que varias veces me habían llevado y tenido que devolver; el perjudicado, en realidad, era Morrongo, que tenía que escoltarme de vuelta; a aquel autista de pronto se le soltaba la lengua en una infinitud de variantes de la cabeza errante que no me aterrorizaba porque pudiera llegar a verla, sino, precisamente, porque sin necesidad de verla, con solo que apareciera sobre cualquiera de los desvencijados camiones de la casona, significaba una ominosa premonición y como solo yo quedaba, ¿sobre quién otro caería el maleficio? (Estos retornos le deben haber dolido en el alma, pues tarde entendí que la caza era la única forma de que disponía para encumbrarse lejos de sí mismo). Cuando, por fin, me animé, me llevaron hasta el sotobosque en la luna llena de enero, la más grande del año y en pleno verano, de luz decantando a las bandadas de pájaros migratorios, y me lanzaron a empellones en las galerías de la pava. Por supuesto, por lo bajo Morrongo me había advertido de la eficacia de perseguirla hasta que cayera en el terraplén de una cierta curva, cavado casi como a propósito, y de que él había afilado el cuchillo hasta dejarlo como navaja de barba. No estuve del todo mal, pues volví con la presa y las plumas, pero el torniquete de cuello lo apliqué con tal tenacidad que en lugar de desnucarla, le desprendí la cabeza, de modo que llegué salpicado de sangre sin advertirlo. La asaron con maestría de forajidos en la fogata, alrededor de la cual estaban amuchados y, aunque nunca me felicitaron, estaban tan contentos que mi padre y mi tío hasta se embadurnaron

con la envidia del pajarraco y le engalanaron la cabellera al Morrongo, que permaneció sin proferir ni una exclamación, pero seleccionó la más llamativa de las plumas y me la entregó con el encargo de conservarla para siempre ( sabrá Dios dónde la perdí!).

Para cuando se habían acumulado todas estas ofrendas a la laxitud, la marimba, que había recorrido casi todo el Caribe insular y continental (así que la nutrición de su repertorio no dejaba nada que desear), en una de aquellas travesías, se había hundido en sus aguas coloreadas y de cristal, musicalizando el crujido de toda estirpe de naufragios en varios siglos de corsarios. Los musicantes se salvaron, pero aquel día su armonía zozobró, ya nunca más fue la misma, nadie más quiso seguir al músico sordo de profesión y, luego de desafinarse en deserciones, casi solo Vico Marraqueta sobrevivía al elenco, pero tal hazaña consigo mismo era mucho mayor.

Mi padre y el tío Vico jamás se hablaban cara a cara y como si no conocieran la segunda persona, siempre se apelaban uno al otro como si estuviera presente una tercera, viendo hacia un lugar indeterminado del éter, sin esperar réplica. A veces las pausas eran tan largas que el interpelado olvidaba de qué se había tratado el asunto y como el escurridizo factótum se desentendía con facilidad, retomar el hilo siempre fue complicado. Bueno, no era de una tan grande importancia el hablarse, porque se entendían de todos modos, siempre se entendieron a pesar de los demás y por encima de cualquiera, con señales prefijadas en el útero materno, en rutas rítmicas e intuiciones a profundidad. Cuando papá lo perdió, quiero decir, cuando el Tío Marraqueta crepitó, no volvió ni a tocar el serrucho ni a escuchar zarzuelas; nunca lo ha confesado, pero ya no está a tono.

En la vela de mi tío, mi padre exhortó a los escasos presentes a algunas cavilaciones: *Tal se tiene dicho que una de las pocas cosas que se sabe con mediana certeza sobre la humanidad, es su irrefrenable y universal rasgo de concebir a un Dios todopoderoso y creador de todas las cosas. Desde el punto de vista antropológico, la explicación del ser humano se deriva de su capacidad de descubrirle un significado a cada objeto o experiencia y de creerse que*



*el nombre que les ha puesto es al que deben responder, así como su compulsión a narrarse a sí mismo. Negar esta cualidad es anular la esencia humana, así que crea usted o no en Dios o en las bondades de su cosmogonía, digo más, exista o no, es imposible renunciar a él sin repudiar la cultura y la historia al mismo tiempo. No es factible prescindir de la instancia que le da sentido a la indefensión derivada de nuestra conciencia de insignificancia ante la creación y de la rotunda indefensión ante lo que malamente hemos dado en llamar destino.* Durante el sepelio del Marraqueta, el cura, medio enjuagado con esta apología a tramos hereje y piadosa de mi padre, se precipitó en no me acuerdo qué tartamudeos sobre San Agustín y las encíclicas papales, para culminar en un empuje de inimitable turbación que lo puso a escalofriarse en el bochorno y lo retumbos de una mañana de aguacero eléctrico, complaciendo tanto a mi padre que por una única ocasión le advertí la liviandad de una sonrisa.

Papá cuenta que entre los tres ultimaron a unos durante las refriegas fundadoras de la Segunda República y muestra siempre su desencajado revólver de revoltoso y la cachiporra soldada con espirales y balines saqueados del taller de mi abuelo; todavía me escalofraba imaginarme los cráneos chasqueando bajo la eficiencia de aquel instrumento ruin, pero también puedo verlos a los tres en sus escaramuzas nocturnas, a la acechanza de los buitres del gobierno fraudulento, a mi padre, con su agudeza metódica, al tío Marraqueta ensimismado en su mutismo melodioso y a Morrongo, detrás, con su sexto sentido y el garrote bajo el sobaco. El partido opositor les proveía de aguardiente, pero no de armas, para tolerar las noches de insomnio rebelde, del cual mi padre había colegido su sobriedad y mi tío se había habituado a la regularidad ética; Morrongo demostró, una vez más, que nada cabrearía ni a su temple ni a su temperamento, al punto que, de cara a los argumentos de uno de los defensores de la dictadura, se las ingenió para, con toda parsimonia, propinarle un aleccionador masaculillo en la horqueta más próxima, registrado, ay, anónimo!, en la historia de boca a oreja de los eventos, pues solo quedó en la memoria de las jácaras que en su parquedad

apenas si le tildó de fisgón, con algunas alegorías posteriores como el más inoportuno, asqueroso, sucio, grasiento, zalamero, sigiloso, zarrapastroso, despreciable gahnápiro y embustero roto que él hubiera conocido en toda su malsana existencia y en quien cualquier cosa sonaba a mentira.

Desde el triunfo de estos antagonistas trasnochadores y la estabilización del estado benefactor, mi padre, sin embargo, no ha tenido una sola opinión favorable al partido de sus otrora deleites y ahora desasosiegos, pues siempre ha pensado que las cosas principiaron mal y han seguido peor, porque todo se ha laborado equivocadamente, el sistema de salud, la educación, la organización política, la supresión del ejército, la justicia penal, la nacionalización de la banca y su desnacionalización posterior, el sistema jurídico, la malignidad de la sala constitucional, la regulación eclesiástica, los desatinos y despreocupaciones de la juventud (cualquiera de turno en las décadas de su larga vida), los servicios públicos, la abolición de prerrogativas, los sindicatos, la tenebrosa intromisión de las universidades, el pelele en la defensoría de los habitantes, los juramentos, los testimonios y las rendiciones de cuentas, y, para colmo de males, la pusilanimidad en el manejo de las migraciones; gruñe y rezonga por cada paso dado en la dirección errónea por su propia afiliación política o por sus contendores, todos conducentes al despeñadero, por la ruina que avizora en el espíritu de la demagogia que no por ser menos palpable sea inicua, por la infamia de lo que han acuciado e incoarán contra la madre patria, pero vive feliz pese a sus anticipaciones, adorable en el conservadurismo de su certidumbre de que toda ignominia se deriva de la voz otorgada al populacho, y no cambiaría su terruño por ningún otro, porque en ninguna parte se puede vivir como aquí (gentes como mi padre son la sandunga de la nación y deberían ser mentores de las nuevas mentes en la tradición).

A Marraqueta lo enterraron en la tumba de los masones, solo porque ya se habían muerto tantos que no había espacio en la de la familia de fe y, de por sí, tampoco sobrevivían masones en la familia. Mi papá se dijo a sí mismo que era solo mientras quedaba un campo y que después

lo trasladarían, en una promesa íntima que en su fuero interno creyó que su hermano percibiría como lo había hecho desde siempre, pero que hasta hoy no ha cumplido. Bajo la señal de mi padre, que profesa una solemnidad inapelable sobre cualquier potestad que sea mayor que él, Morrongo perforó con el zapapico un boquete en la elegancia de la lápida de mármol negro, con tanto tino en el ornamento como si lo hubiera trazado con escuadra y compás, y luego rearmó un rompecabezas tan chambón, con un menjunje albañil de su inventiva, que toda la francmasonería debe andar todavía tras él, no porque la pega fuera blanca, sino porque la lápida tenía, y tiene aún, cuadro argollas para levantarla en peso. No es que a Morrongo le inquiete gran cosa la persecución, donde quiera que ahora repose su senectud (algunos le han creído conocer todavía caracoleando por Montes de Oca, acicalado como ninguno y como cualquiera, declamando misántropo a su espontaneidad, con su voz garrapiñada y una elegancia de libélula, caído de bruces sobre sí mismo).

Mi padre, en cambio, ni muerto se dejará enterrar con los masones, así que, como de todas formas no quedan muchos de su aguante por guardar el bastón y colgar el sombrero, diría él mismo, es muy posible que llegue a reposar con sus mayores, a unas cuantas brazas de su hermano.

Mientras vivió mi tío Marraqueta y estuvo de servicio Morrongo, ocupábamos los sectores adyacentes al garaje que todavía conservaban algo de habitables. A mi estancia se subía por unas gradas a todas luces recuperadas de algún salón que conoció mejores tiempos y gustos; mi padre y Marraqueta, un poco más abajo, en buhardillas compuestas de varios aposentos con orígenes distintos, y Morrongo, sobre su imperturbabilidad de monaguillo. En las noches de verano, me despertaban las cachetadas de los viejos, propinadas a sí mismos y al azar en reiterados intentos por desembarazarse de los zancudos (*Culicidae*). Solo Morrongo dormía plácidamente y sin importuno por el inquilinato de las muchas alimañas y ponzoñas.

Después de que mi tío murió y quién sabe adónde se marchó Morrongo con el Fargo, la casa sucumbió, por fin, a la edad. Vivimos entonces en

una infinitud de cuarterías, en casi todas las cuales instalábamos un camarote y un fogón en cuatro metros cuadrados, los trapitos sobre una tabla o colgados en un palo de escoba en la esquina, con una letrina al final del zaguán, compartida en promedio con otros veinte pintorescos moradores, todos murmuradores, pero que al atestiguar las extravagancias de mi padre, nos halagaban con las sutilezas propias de la canallesca. En aquellos claustros infames, poblados de exclamaciones, quejidos, recitaciones, chirridos, soliloquios y plegarias de la más variopinta indumentaria, aprendí a sujetar al sueño bajo cualesquiera circunstancias (todavía hoy día descabezo una pestañada en la posición y lugar que se me antoje). Durante las vacaciones, me inicié como aprendiz de recadero, peón, carpintero y albañil, pero papá nunca me obligó a trabajar durante el periodo lectivo; con mis ahorros y sus clases de recuperación a domicilio de gramática, ortografía y literatura, jalamos juntos. Tampoco se involucró en mi decisión profesional, por aquel dualismo suyo de que el ingenio precede a la escuela, engendro al vivo de las artes para aprender, y que el disparate al invertir la dirección avecina un desastre (expresado en mis términos, más vale primero averiguar para qué sirve uno, si es que sirve para algo, antes de dedicarse a cualquier cosa). De hecho, su alegato principal ha sido siempre el expurgo de Juan Huarte de San Juan, insigne entre los olvidados.

Cuando nos fuimos a vivir a la morada que construí para él, me dijo que estaba decidido a tirar ciertas cosas y escarbó en su morral de ocurrencias. Descartó viajes que ni imaginaba y otras ideas en trámite. Cuatro o cinco caras interesantes. Varias pústulas de amor. Amistades de derrotada eternidad. El azar en el vuelo de una mariposa. Un diario manco. Un libro rancio. Inútiles jergas y demás tusas. Unos ratones estupefactos. Enredos de baraja. Aquel perro vegetal y tal cepa argenta. Distintos sátrapas con las manos en la masa. Alguna fecha de cumpleaños y un hacha mocha. Los aleteos seductores de a saber cuántas aves. Cariños de ¿cómo se llamaba? Atardeceres con hálito de ingravidez. Patrióticos repiques y unas cuantas banderas chuecas. Muchos estridentes tridentes. Todos los domingos por la

tarde de 1998. Tres achacosos maratonistas aún juntos en brega. Los mejores verbos marrulleros. Buenas conversaciones con gentes trasapeladas. Fósiles de *Aratinga roosevelti*, el más granuja. Cautivadores cogollos en embrión. El hablantín mayor. Siete atarantadas tarántulas óctuples (una murió sin una extremidad). Ese reyezuelo bufón mandando a nadie a callar. Esas bofetadas de una ventisca frenética en la madrugada. Aquella inmensa colección de granitos de arena por poner. Desplantes y bufidos de macho alfa (casi todos). La trasnochadora de los gatos en el tejado. Recordaciones, sin marbete, de visitas, personas, lugares, climas y ciertas ansias por doquier. Algo de electrostática del embeleso. Tres tríplices estrepitosos. Manchas de cortejos (luctuosos y mimosos). Algún drama de alguien de por aquellos lados. Las peores zalamerías farfulladoras. Lutos por gentes desperdigadas en el trecho. Una que otra inspiración de pasajeros. Iniquísimos desplantes. Profusas insolencias descendientes de Castilla y Aragón. Reservas éticas de un verdugo. Incesantes disparates. Incontables indecisiones. Pocos de impericias. Pizcas de pudor. Puñados de fingimientos de burgués, bellacos forzamientos y atavíos de refinamiento. Frondosos vagabundeos de anfibología. Baúles de tertulias en la plaza. Cantidades de pequeñeces. Un moño. Fardos de cenizas de brujas inmoladas. Cubos de sudor de gota gorda de ayer. Bártulos de ambiciones para mañana. Huchas de lecturas apetitosas. Hatillos de pestilencias de tacaños. Canastas de controversias de talabarteros. Talegos de remordimientos lentos. Montañas de ilusiones, avaricias, ínfulas y asteriscos. Costales de trivialidades de montañeses. Cestos de impacencias de menesterosos. Cuartillos de perezosa voluntad. Fanegas de erotismo. Arrobas de meteoritos. Cajuelas de escrúpulos del patrón. Quintales de reproches de los sirvientes. Dos polígonos. Montones de apuros de camaradas. Cofres de impenetrables dudas. Carretas de especulaciones chirriadoras. Innumerables desatinos al hablar. El carnaval de los sabihondos en afanosa erudición. Multitud de penitentes impertinentes. Bandadas de lisonjeros de ligero equipaje. Romerías de insensatos a la moda. Muchedumbres de forajidos en litigio. Desfiles de malabaristas en

trifulcas. Marchas de parentelas amparadas en reparos y titubeos. Manadas de perspicaces en la deposición. Cardúmenes de marineros sin ortografía. Estampidas de altaneros al cabecilla. Tumultos de matrimonios en obsesiones. Un alud de embusteros amoratados. Infinitud de cuberos con aristas por tomar en cuenta. Aparte de un sinfín de plegarias sin resolver.

Mi padre reapareció entonces portátil, tras robusto puntapié a la pila de desechos.

Después de tres divorcios y sin ninguna descendencia mía, mi padre vive ahora conmigo en nuestra nueva casa. Mi visita a la universidad se financió con la venta de la propiedad de la que, para mi dicha, no apareció ningún otro heredero y que mi padre malbarató lo mejor que pudo, sin que yo lo supiera ni tuviera que preguntarme de dónde salía el dinero para mis maquetas de estudiante, cuya construcción mi padre siempre ha contemplado con una fascinación digna de mejor causa, aunque sin articular ni una sola palabra. La única ocasión en que le pregunté, ya a punto de graduarme, qué había sido del solar aquel donde estaba la casona que se zamparon las zomopos (*Ata cephalotes*), me espetó sereno: *¿de dónde creé usted que salieron los carbonillos y las acuarelas?, ¡pendejo!* Y no se habló más del asunto (aunque volví a ver con remordimientos a mi ajada regla T y a mi siempre imprecisa regla de cálculo, primeros objetos de ingenio tributados por mi padre a la causa de mi oficio, con los cuales llegué a familiarizarme con la materialización de la necesidad más hermosa del ser humano, trazar un espacio con sentido).

En nuestro hogar diseñé un estudio para él y otro para mí, con muchas ventanas luminosas y, en la medida de lo posible, sin espejos ni reliquias (cuando la empecé a construir, sembré un mandarino y el comentario de mi padre fue a éste será usted el que lo coseche, con lo cual me sobrecogió su mansedumbre ante la inevitable, sin embargo, ya vamos por la décima colecta que disfrutamos juntos). En mi atelier, dibujo mis planos y en el de él se apilan lecturas siempre pendientes y muchos periódicos que lee de principio a fin, clasificados incluidos, pero en los que a menudo tiene algo que repasar para lo que nunca encuentra el rato (*la carta se escribe con el*

*empeño de que sea paciente, me replica siempre); ahí, tiene un lugar para cada cosa y todas las cosas fuera de su lugar. A su alrededor pende su tiempo dedicado a reparar paraguas y bicicletas. Vienen incluso desde muy lejos (no cobra mucho, bueno, en realidad no cobra nada, sobre todo a infantiles ciclistas que llegan con una pinchadura o un descalabro y que trata con una ternura de abuelo que nunca le he conocido de padre), aunque sus únicas herramientas son un inflador de pie que bien puede haber sido del taller de mi abuelo, un alicate algo mocho, una aceitera del tiempo de aúpa, tres destornilladores de distintos rangos y otras pinzas de menor importancia. Pinta las bicicletas a brocha gorda y cose los paraguas con esmero de costurera, por un sortilegio que, sin explicación, logra lubricar a través de sus copiosas cataratas. Recoge de la calle cuanta bicicleta desvencijada o sombrilla atorada se encuentre y sobre sus mesas de labor se acumulan tantas partes de unas y otras como para ensamblar una dotación suficiente de transporte y protección de la lluvia para muchos años a una pequeña comunidad. Sigue tan elocuente como siempre, pero sus cavilaciones son ahora menos locuaces (*el sueño, ese ilustre malentendido*, suspiró ayer después de la siesta, todavía embadurnado con las miasmas del sueño). O un tanto pintorescas: *en las Olimpiadas, los etíopes corren con todos, hasta que el pelotón acelera el ritmo haciéndoles parecer lentos. Cuando los abisinios se deciden, los demás parecen apenas trotar y se percatan ya tarde, que a la sazón, los ahora punteros habían venido caminando.**

Al dibujar, levanto la vista de cuando en cuando y le observo un instante, a veces tan

solo absorto en su sillón en medio de la estancia, quizás mirando hacia un aquelarre de imágenes de sus relatos caducos, pero es recién mientras escribo que caigo en cuenta de cuán despoblado está ahora su entorno. Quizá sea porque todavía hoy insiste en mantener un cuarto a tiro, para cuando aparezca Morrongo con el Fargo, para ir a acomodar a Vico.

En fin, la individualidad es la estimación para todas las cosas, parafrasearía con Protágoras, pues mi padre, a estas alturas, tampoco termina de decidirse si el hundimiento de la marimba, que acabó con la grandiosidad de su hermano, fue responsabilidad del capitán de la pusilánime embarcación, de los organizadores, por llevarlos a la Martinica en plena época de huracanes, o del empujón de las olas durante la tormenta tropical. Aún así, su actitud actual es que vivir en una edificación nueva tiene la bendición de no estar poblada por antepasados de nadie y se puede dormir tranquilo sin altercados mayores con la metafísica, ante la expectativa de habitarla por toda la eternidad.

Mientras tanto, en nuestro jardín y dado que nadie se muere en la víspera, dice él, se dedica a escacharrar dientes de león (*Taraxacum officinale*) para no malograrse el hígado, con tumultuarios loros de flequillo (*Aratinga finschi*) ojeándolo entre lenguaraz fragosidad, meneos de bailadores o plumíferos espulgos. Las pelusas se despliegan en el trasluz, abatiéndose desapercibidamente a sacudir la cuna herbácea, al disiparse el sopor opiáceo de sus visiones, cuando maquina la mejor muerte posible, que no sería durante el reposo del dormir (como casi toda la gente), sino enroscado en la agitación de la lectura.